Salud Pública: más allá de una lucha contra la enfermedad

José Carlos Del Carmen

Viceministro de Salud Pública

Resulta sencillo reconocer lo absurdo de esperar resultados diferentes, cuando seguimos haciendo las cosas de la misma manera y continuamos obteniendo beneficios insuficientes. Es en ese contexto, que en el marco de la reforma de salud, se ha visto la necesidad de fortalecer el rol rector del Ministerio de Salud, diferenciando dos aspectos de su quehacer en los últimos 78 años: aquel que implica responder a la demanda de la población por el acceso a servicios de salud que resuelvan los problemas asociados a la enfermedad que los aqueja, asumiendo la responsabilidad de evitar que las barreras económicas dificulten la solución de su problema de salud; pero también sin dejar de lado el abordaje de aquellos elementos que condicionan la enfermedad y limitan el desarrollo de las personas.

Es claro, que los resultados en los principales indicadores de salud no terminan de evidenciar un impacto suficiente, a pesar del importante esfuerzo desplegado en los últimos quinquenios, tanto por autoridades, profesionales y trabajadores comprometidos, así como por el incremento – siempre insuficiente– de recursos financieros para la mejora de servicios y la cobertura de las prestaciones de salud por parte del Estado.

Si bien a la fecha nuestro país ha logrado alcanzar varias de las metas propuestas dentro de los desafíos que plantea el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, aun se evidencian las brechas existentes entre los resultados alcanzados en distritos o provincias con mayores índices de pobreza o aislamiento, los cuales distan significativamente de los logrados en lugares donde las condiciones de vida y acceso a oportunidades son mayores para quienes allí habitan.

Estas limitaciones alcanzan un mayor significado si tomamos en cuenta el énfasis planteado por la Organización Mundial de la Salud en su propia constitución, cuando señala que debe dejar de entenderse el concepto de “salud” como un simple estado de “ausencia de enfermedad”, sino más bien reconocerlo como un estado de “bienestar” ciertamente físico, pero también psicológico y social.

Combatir las enfermedades constituye una tarea que claramente se asocia a la labor especializada de profesionales y trabajadores, que al interior de hospitales y establecimientos de salud, buscan resolver las patologías que afectan a las personas que acuden a ellos; en cambio, propiciar un estado de “bienestar”, se convierte en un desafío mucho más complejo que involucra a numerosos actores y a diversos espacios de intervención.

Reconocer la importancia de la Salud Pública en la agenda de desarrollo de nuestro país, implica ir más allá de la lucha diaria contra las enfermedades, y reconocer que existen diversos “determinantes” en nuestra estructura social, política y económica, en nuestras condiciones de vivienda o medio ambiente, las cuales debemos abordar si deseamos obtener resultados diferentes en beneficio de toda nuestra población.

Incorporar una “cultura de la salud” que promueva buenos hábitos de vida, reconozca la importancia de la prevención de las enfermedades como una responsabilidad del individuo para consigo mismo y con su familia, contribuirá a mejorar las condiciones de salud de las personas; también es preciso generar condiciones de seguridad, acceso a la educación, a un trabajo digno, incentivando valores que conlleven a reconocer la importancia de la convivencia pacífica, la solidaridad y el respeto hacia nuestros semejantes.

Incrementar la cobertura de vacunación, fortalecer el abordaje multisectorial para el mejor control de la tuberculosis o el SIDA; la confluencia de intervenciones para reducir la desnutrición crónica y la anemia en nuestros niños, la muerte materna, el embarazo en adolescentes; la prevención de los riesgos ambientales para la salud, la promoción de la lactancia materna, la actividad física y una alimentación saludable, fomentar una salud mental “positiva”; son algunos de los desafíos que requieren un liderazgo claro del Ministerio de Salud, pero también de un compromiso que alcanza a diferentes sectores del Estado, en los distintos niveles de gobierno, e involucra a los equipos de salud y a una cada vez más importante participación comunitaria; el resultado que se espera no es solo obtener una mejora, sino marcar un punto de inflexión en el comportamiento de los indicadores sanitarios en nuestro país, con el objeto de contribuir al “bienestar” de toda nuestra población.

El desafío es grande, pero la causa lo merece y deberá congregar a todos quienes conserven en su interior aquellos sentimientos de rebeldía, de lucha contra la injusticia, deseo de igualdad, que tuvimos cuando jóvenes y que muchos mantenemos; a fin de tomar la decisión de enrolarnos en el nuevo gran ejército que promueva la Salud Pública de nuestro país.